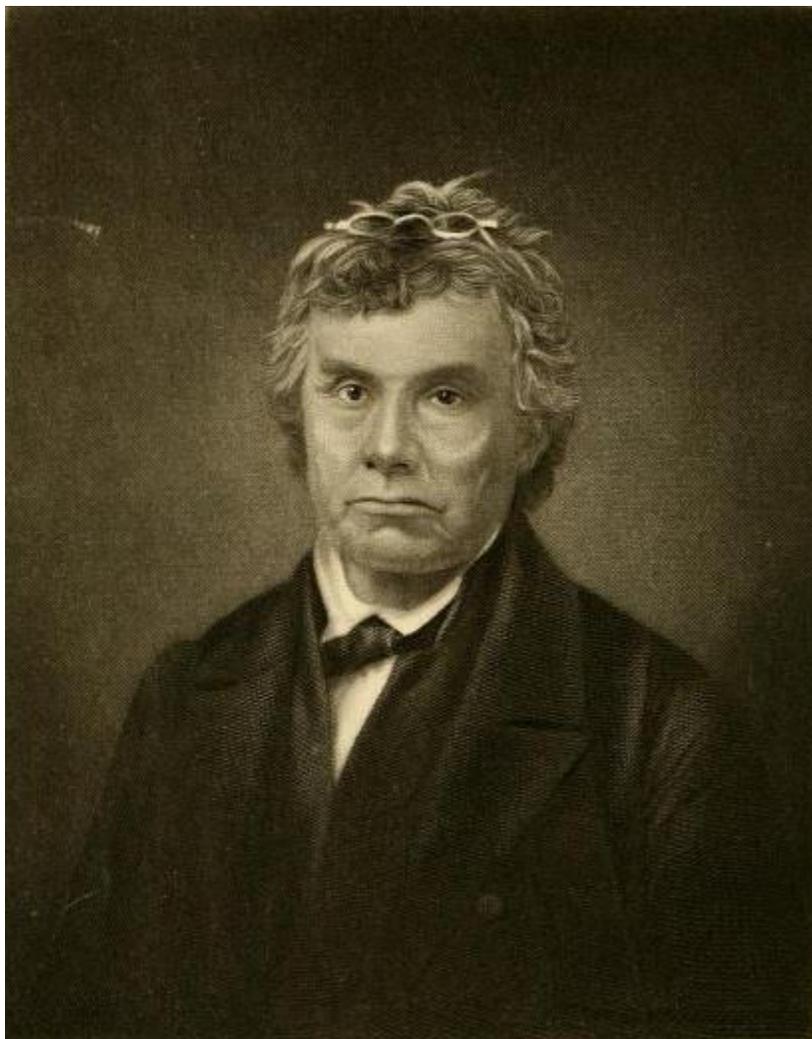


Pedro Cartwright



Pedro Cartwright (1/9/1785-25/9/1872)

Evangelista Ambulante

En la primera fila de los primitivos predicadores metodistas en América, estuvo Pedro Cartwright. Fue famoso, no por su educación o erudición, porque muy poco tenía de ellas; pero su gran poder espiritual, su sagacidad y su ingenito sentido común lo hicieron bien conocido en toda América y en muchas otras tierras. “Debe recordarse”, dice él, “que muchos de nosotros, los primitivos predicadores ambulantes, que penetrábamos los vastos bosques del Oeste en los días de los pioneros, teníamos un poco o nada de preparación para el ministerio. Carecíamos de libros y de tiempo para leerlos, si los tuviéramos”.

Pedro Cartwright fue uno de los principales agentes usados por Dios en los grandes avivamientos de los primeros años del siglo diecinueve. Muy pocos predicadores celebraron tantas campañas campestres, ni lo presidieron con gran éxito como él lo hizo. Podríamos decir que Cartwright fue sin igual como predicador de campañas campestres. En su "Autobiografía" ha relatado muchos incidentes referentes a sus experiencias en estas campañas campestres. Algunas son conmovedoras; otras son muy divertidas.

Cartwright nació en Virginia el primer día de septiembre de 1785. Sus padres eran pobres. Pronto se trasladaron a los campos de Kentucky, donde Cartwright creció sin poder asistir a ninguna escuela. Su madre era metodista, pero su padre era incrédulo. De vez en cuando un predicador metodista ambulante los visitaba en su cabaña. Después del transcurso de varios años una pequeña iglesia se organizó entre los nuevos colonos vecinos suyos. Muchos criminales y hombres depravados se refugiaban en aquella zona que llegó a llamarse "Refugio de Pillos". No había periódico, y la escuela más cercana estaba a cuarenta millas de la casa. Casi todo lo que comían era cultivado por ellos mismos, y la tela de que hacían sus vestidos, era tejida en casa, del algodón que ellos cosechaban. Tenían muy poca comunicación con el resto del mundo.

Cartwright dice: "Yo era naturalmente un muchacho salvaje y malo, que me deleitaba en carreras de caballos, en jugar a los naipes y en bailar. Mi padre me reprimía muy poco. Mi madre a menudo me amonestaba; lloraba y oraba por mí, y casi siempre me hacía llorar. A pesar de que a menudo yo lloraba cuando oía predicaciones y resolvía portarme mejor y buscar mi salvación, luego yo me olvidaba de mis votos, buscaba la compañía de los jóvenes, participaba de carreras de caballos, jugaba a los naipes y bailaba de lo lindo".

Cuando por fin se estableció una escuela en su aldea, Cartwright concurreó a ella por corto tiempo. El maestro era de escasa preparación y Cartwright aprendió muy poco. Él dice: "Aprendí a leer, escribir y contar, pero muy poco e imperfectamente". Con la marcha del tiempo la población aumentaba, la civilización avanzaba, y varias iglesias surgieron en la comunidad. Por aquellos días brotó el gran avivamiento de Cumberland.

Hablando de ese famoso avivamiento, Cartwright dice: "Entre 1800 y 1801, en la parte septentrional de Kentucky, en un inolvidable lugar llamado Cane Ridge, se celebró un culto sacramental por los presbiterianos. De manera inesperada, tanto para los ministros, como para la gente, el formidable poder de Dios se manifestó de manera extraordinaria. Muchas personas presentes fueron movidas a lágrimas y otros a grandes gritos pidieron misericordia". Ese fue el principio de uno de los avivamientos religiosos más grandes conocidos en la historia.

"Los cultos continuaron varias semanas", continúa Cartwright. "Ministros de todas las sectas concurren de lejos y de cerca. La predicación era continua, día y noche. Millares de personas oyeron de la poderosa obra de Dios, y venían a pie, a caballo, en carruaje y en carretones. Se calcula que a veces la asistencia era de doce a veinticinco mil personas. Bajo el formidable poder de Dios, centenares de ellas caían postradas en tierra, como caen los hombres en la batalla".

"Las noticias de esos cultos campestres", agrega después "llegaron a todas las iglesias y a todo el país, y causaron gran admiración y sorpresa. Se encendió una llama religiosa que se rego por muchos estados de la nación. Era el primero y el principio de nuestras campañas campestres".

El avivamiento llegó hasta la aldea de Cartwright. Allí mismo se celebró una gran campaña campestre, a la cual concurren mucha gente de cerca y de lejos. “El poder de Dios se manifestó maravillosamente”, dice él. “Grandes multitudes de pecadores bajo el poder de la predicación, caían en tierra, como caen los hombres en el campo de gran batalla. Los cristianos gritaban fuertemente de gozo”.

Cartwright ya había sido convencido de pecado. Fue en aquellos cultos reconociendo como un perdido e infeliz pecador. Fue muy tentado a creer que era un reprobado de Dios, sin esperanza alguna de salvación. Él dice: “En 1801, cuando yo era de dieciséis años, mi padre, mi hermano mayor y yo, fuimos a un casamiento como a cinco millas de la casa, donde los convidados tomaban y bailaban de acuerdo con la manera de celebrar las bodas en aquellos días. Yo tomé muy poco. Mi delicia fue bailar. A largas horas de la noche, montamos nuestros caballos y regresamos a casa. Yo iba montado en mi caballo de carrera.

“Pocos minutos después de haber desmontado, cuando estábamos sentados frente al fogón, empecé a meditar como había pasado el día y la noche. Me sentí muy culpable y digno de condenación. Me levanté y anduve por el cuarto. Mi madre estaba dormida. Súbitamente me pareció que la sangre se me agolpaba en la cabeza. Mi corazón palpitaba fuertemente, y en pocos minutos me puse ciego. Una horrible sensación de muerte cercana invadió mi alma. Yo sabía bien que no estaba preparado para morir. Caí de rodillas y empecé a rogar d Dios que tuviese misericordia de mí”.

Su madre, oyéndolo orar, se puso muy pronto a su lado. Oraron larga y fervientemente. Después, él se retiró a su cama, habiendo prometido a Dios buscar la salvación hasta hallarla. Al levantarse la mañana siguiente se sintió sumamente desdichado. Vendió su caballo de carrera, quemó su baraja de naipes, y se puso a leer la Biblia y a orar. “Me sentía tan abatido y triste”, dice él, “que en nada podía ocuparme”. El oraba intensamente durante aquellos días de su doloroso estado de ánimo. Pasaron tres meses y el todavía no hallaba el perdón de sus pecados. Fue en ese tiempo cuando brotó el avivamiento ya referido. “Asistí a los cultos” dice él, “siendo un culpable e infeliz pecador. En la noche del sábado fui con las multitudes, llorando, y nos inclinamos enfrente de la plataforma. Oramos fervientemente pidiendo misericordia. En medio de un solemne conflicto de mi alma, recibí una fuerte impresión en mi mente, como si una voz divina me dijese: ‘Todos tus pecados te son perdonados’. Luz celestial resplandeció en mi derredor; gozo inefable surgió de mi corazón. Me puse en pie, abrí mis ojos y me parecía que estaba en los cielos mismos. Todo cuanto me rodeaba, me parecía que alababa a Dios y creí verdaderamente que así era. Mi madre gritaba gozosa; mis amigos cristianos me rodearon y alabaron a Dios juntamente conmigo. Aunque muchas veces después de este momento he sido infiel, nunca he dudado, ni por un momento que el Señor, allí, aquella noche, perdonara mis pecados y me diera mi salvación”.

Cartwright se hizo miembro de la iglesia metodista el mismo año que recibió a Cristo. Asistió a varias campañas campestres de los metodistas y de los presbiterianos, tomando parte importante y activa en ellas. “Yo gozaba de gran consuelo y paz”, dice él.

Un año después de su conversión, se le dio una licencia de exhortar. Ya había exhortado en varias ocasiones cuando había sentido que el Espíritu lo dirigía a hacerlo, pero él no había esperado, ni solicitado licencia de la iglesia. En el otoño del mismo año, el anciano residente lo nombró pastor ambulante de varias iglesias en la nueva región de Kentucky, para donde Cartwright iba a trasladarse. Él dice: “le supliqué que me diese nada más que simple carta de membresía. Le dije que a pesar de sentir a veces que era mi deber predicar, yo tenía muy poca preparación, para hacerlo. Era mi propósito asistir a la escuela el año siguiente”. Después de su traslado, Cartwright comenzó a asistir a una escuela pero lo

molestaron tanto por causa de su religión, que abandonó sus clases, se dedicó a cuidar las iglesias que le fueron encargadas, y a ocuparse en la obra del ministerio. Tuvo buen éxito. Formó varias agrupaciones de cristianos y tuvo muchas conversiones.

Cartwright cuenta de su llamamiento al ministerio, su entera consagración al Señor, y su investidura de poder celestial en la forma siguiente:

“El hermano Garret, nuevo anciano residente de la iglesia, me visitó en casa de mi padre y me rogaba a continuar en aquel camino con el Hermano Lotspeich. Mi padre se oponía, pero mi madre me instaba a hacerlo, y por fin ella prevaleció. Esto fue en octubre de 1803, cuando yo tenía un poco más de dieciocho años de edad. Sostuve una gran lucha para consentir en esto. Si bien creía que mi deber era predicar, pensé, no obstante, que podía predicar sin formalmente entrar en las filas de los predicadores. Temía que de repente me iban a enviar a cuidar iglesias muy pobres que no gozaban de suficientes miembros para sostener un predicador. El Reglamento indicaba como sueldo para un soltero solamente ochenta dólares anuales y sabía que muchas veces el predicador soltero recibía ni la mitad de eso. Aquellos eran tiempos de prueba para el alma y para el cuerpo del hombre”.

“Al fin, renuncié al mundo, en absoluto, a salí, diciendo adiós a papá, mamá, hermanos, hermanas y amigos, y me encontré con el hermano Lotspeich en el lugar convenido, que era en el condado de Logan. Me dijo que a mí a tocaba predicar en la noche. Nunca lo había hecho, pues mi trabajo era de exhortador. Traté de eludir el encargo, pero él insistió, y me animó a hacer el esfuerzo. Salí al campo y oré fervientemente, pidiendo ayuda del cielo. En medio de mi lucha me pareció que jamás podría predicar, pero me esforcé en la oración. Finalmente pedía Dios, que si Él me había llamado para predicar que me ayudara aquella noche y que me diera siquiera una alma como la prueba de que yo era llamado para aquel trabajo”.

“Entré en la casa, tomé mi puesto, canté un himno, y oré. Me levanté y les prediqué sobre Isaías 26:4 ‘Confiad en el Señor perpetuamente, porque en Él está la fortaleza de los siglos’. El Señor me dio luz, libertad y poder; la congregación derramó abundantes lágrimas. Estaba presente un reconocido ateo. Por el Espíritu eterno, la palabra penetró en su corazón. Fue poderosamente convencido y realmente convertido a Dios en aquella noche. Se hizo miembro de la iglesia y después era un miembro útil en ella”. Indudablemente Cartwright recibió el poderoso bautismo del Espíritu cuando predicaba aquella noche. Sintió su completa incapacidad para predicar sin el poder de Dios, y como Jacob, luchó en oración hasta obtener la bendición. Tenía entonces diecinueve años de edad. Continuó predicando con gran unción y poder. Sus cultos eran atendidos con maravillosas manifestaciones del poder espiritual, y en ellos multitudes de almas fueron ganadas para Cristo. Muy a menudo en los servicios la gente caía al suelo bajo una aterradora convicción de pecado. Él no simpatizaba con excitaciones carnales en los cultos, y siempre las reprimía, pero tenía mucho cuidado de no entristecer al Espíritu de Dios y de no apagar alguna genuina manifestación del Espíritu Santo. Refiriéndose a sus cultos, decía: “Repentinamente un tremendo poder venía sobre la congregación; instantáneamente caían a diestra y a siniestra, y clamaban por misericordia”.

Acerca de una campana campestre contó lo siguiente: “El campamento estaba iluminado; la trompeta soñaba; me paré sobre la plataforma y pedí a todos los concurrentes que saliesen de sus tiendas y nos reuniésemos para principiar el culto. Hubo una gran aglomeración alrededor de la plataforma. Rogué a los hermanos que oraran fervientemente. Mi voz era fuerte y clara. Mi mensaje era más bien una exhortación que una predicación formal. El texto era: “Las puertas del infierno no prevalecerán”.

Como a los treinta minutos, el poder de Dios cayó sobre la congregación de una manera que raras veces se había visto. La gente caía por todos lados – a la derecha y a la izquierda, por delante y por detrás. Se supone que no menos de treientos cayeron en tierra, como muertos en una gran batalla. No había necesidad de invitarles a los pecadores a buscar a Dios, porque ellos lo estaban haciendo en todas partes del campo; fuertes lamentos de los pecadores subían al cielo clamando misericordia. Los cristianos se unieron en alabar a Dios a modo que el ruido se oía desde lejos”.

En otro lugar, Cartwright dice: “En nuestra campaña campestre en Breckenridge, ocurrió el incidente que sigue: “Estaba allí el hermano S . . . y su familia, quienes eran dueños de muchos esclavos. Era una buena familia, y la hermana S . . . era una señora inteligente y una cristiana ejemplar. Por mucho tiempo ella había buscado la preciosa bendición del perfecto amor, pero decía que la idea de mantener a sus semejantes en esclavitud, se le interponía en el camino. En los servicios muchos buscaron y hallaron la bendición de la santificación. La hermana S . . . decía, que su alma agonizaba por recibirla; y le parecía que muchas veces estaba por reclamar la promesa y por ganar la victoria pero sus esclavos parecían interponerse entre ella y su Salvador, y la prevenían de recibirla. Mientras estaba allí de rodillas, luchando en agonía por un corazón limpio, prometió al Señor que, si Él le daba la bendición, daría libertad a sus esclavos. Ella dijo que apenas había hecho aquel pacto, cuando Dios inundó su corazón de una delicia tan abrumadora del divino amor que no sabía si estaba realmente en el cuerpo o fuera de él. Se levantó de sus rodillas, y proclamó a centenares que la oían, que había obtenido la bendición, y les contó bajo cuales condiciones la obtuvo. Pasó entre la multitud de concurrentes con fuertes exclamaciones de santo gozo y exhortó a todos a gustar y ver que es bueno Jehová. Sus palabras eran con tanto poder que centenares caían al suelo, y durante aquella tarde y la noche que siguió, veintenas de almas con suma felicidad fueron nacidas en el reino de Dios. Poco después de esto, dieron libertad a sus esclavos, y aquella familia gozó de paz hasta sus postrimerías”.

Viajando Cumberland cierta vez por las montañas, Cartwright tuvo que hospedarse una noche en una casa donde se iba a tener un baile. Muchas personas de los presentes nunca habían oído un sermón. Cartwright se sentó en un rinconcito de la sala, (el único cuarto de la casa) observando el baile. Había determinado quedarse el siguiente día que era domingo, y predicarles. “Apenas lo había pensado así”, dice él, “cuando una bella y rubia señorita se dirigió muy contenta hacía mí. Con fina cortesía y cautivadora sonrisa, me invitó a bailar con ella. Me cuesta describir mis pensamientos y emociones de aquel momento. Al instante resolví hacer un experimento muy atrevido. Me levanté con tanta gallardía como pude. No digo que lo hizo con alguna emoción. Mis emociones eran muchas. La señorita se colocó a mi lado derecho. Tomé su mano derecha con mi mano derecha, en tanto que ella recostaba su brazo izquierdo sobre el mío. Anduvimos en esta posición hasta el centro de la sala. Toda la concurrencia parecía encantada por aquel acto de cortesía de la señorita para con un extraño. El negro violinista agarró su violín y colocándolo sobre su hombro se alisto para tocar. Le hice señas que esperara un momento. Les dije a todos que durante varios años nunca había emprendido ninguna cosa importante sin pedir la bendición de Dios sobre ella; y que yo deseaba ahora pedir la bendición de Dios sobre ella; y que yo deseaba ahora pedir la bendición de Dios sobre aquella encantadora señorita y sobre la concurrencia, que tanta bondad había mostrado para con un extraño”.

“Apreté fuertemente la mano de la señorita, y dije: ‘Arrodillémonos todos y oremos’, y al instante caí sobre mis rodillas, y comencé a orar con todo el poder de mi alma y de mi cuerpo. La señorita intentó zafarse de mis manos, pero yo la sujetaba fuertemente. Luego ella también cayó sobre sus rodillas; algunos de la concurrencia se arrodillaron también; otros quedaron parados; unos huyeron; otros

quedaron sentados, quietos; pero todos estaban curiosos. El violinista salió corriendo a la concina, gritando "Señor de las Misericordias, ¿qué pasa? ¿Qué nos está pasando?"

"Entre tanto que yo oraba, algunos de ellos lloraban, y lloraban fuertemente, y otros clamaban por misericordia. Me levanté de mis rodillas y comencé una exhortación, después de la cual canté un himno. La señorita que me había invitado yacía en el piso, postrada pidiendo misericordia. Exhorté, canté y oré casi toda la noche. Como quince de la concurrencia profesaron fe. El culto duró todo el día siguiente hasta la noche. Muchos fueron poderosamente convertidos. Organicé una sociedad. Recibí a treinta y dos como miembros de la iglesia y les envié un pastor. El dueño de la casa fue nombrado director y sostuvo el puesto durante muchos años. Ese fue el principio de un gran avivamiento en aquella región, y muchos de los jóvenes que fueron convertidos en "el baile del predicador metodista", llegaron a ser ministros útiles de Jesucristo".

En una de las campañas campestres de Cartwright, un joven predicador que acaba de salir del seminario teológico, empezó a enseñar a los que se allegaban al altar, que simplemente resolvieran hacerse cristianos, y que eso bastaba para que ellos fueran cristianos. Cartwright no estuvo de acuerdo y lo llamó y lo reprendió. El poder de Dios se manifestó en un hombracho que pesaba como 230 libras. Él empezó a clamar por misericordia. El predicadorcito, lo exhortó a no hacer tanta bulla, que orara tranquilamente; pero el hombracho continuó orando hasta que su alma rebose de gozo. Entonces en su entusiasmo, levantó en brazos al predicadorcito, y corrió alrededor con él, bailando de gozo. El predicadorcito se puso pálido y asustado; salió disparado y nunca se le vio más en aquel campamento.

En cierto lugar, donde nunca se había oído predicar a Cartwright, el tiempo estaba tan malo, que el primer día sólo una persona llegó a oírlo: era un tuerto, anciano de la iglesia Presbiteriana. Durante cuarenta y cinco minutos él predicó lo mejor que pudo. El anciano esparció la noticia que aquel era el mejor sermón que había oído en toda su vida. La siguiente vez, Cartwright halló la iglesia repleta. Ya no habían los concurrentes, y toda la colina estaba cubierta de caballos y de vehículos.

Muchas personas, en los cultos de Cartwright, eran sobrecogidos del extraño ejercicio que llamaban "los temblores". En todo el país, aquel fenómeno acompañó el gran avivamiento que empezó en Cumberland. Algunos lo consideraban puramente como una afección nerviosa, causada por angustia; pero otros lo consideraban como una peculiar manifestación del Espíritu Santo. Parecía que un extraño poder caía sobre la gente lo cual los hacía "temblar" de la manera más misteriosa, y cuanto más quiera evitarlo, más "temblaban". Cartwright dice: "Ver aquellos orgullosos caballeros y señoritas, vestidos de seda, joyas y otros preciosos adornos, de arriba abajo, sufrir 'los temblores' a veces acusaba gran risa. En cuanto que la persona comenzaba a temblar, se veía volar sus sombreros, gorra y peinetas; y tan pronto como le temblaba la cabeza, su suelta cabellera se agitaba con chasquidos como los de látigo de un chochero".

Cartwright consideraba "los temblores" como una genuina manifestación del Espíritu de Dios, aunque creía que la emoción a menudo impelía a la gente a simularlos. Él dice: "Siempre consideré 'los temblores' como un juicio enviado de Dios; primero para traer pecadores a arrepentimiento; y segundo, para mostrar a los profesantes que Dios puede operar con medios naturales o sin ellos". Refiere de un borracho que resistía "los temblores", hasta que le sobrevinieron tan fuertemente que juró que los echaría de sí bebiendo, y cuando intentó levantar una botella de Whiskey para beber, "un temblor" mucho más fuerte que los de antes, le quebró la nuca. Esto aconteció en Cane Ridge, Kentucky y produjo gran convicción de pecado entre la gente.

Cartwright era alto, de hombros cuadrados, con cierta rudeza ingénita mezclada de ingenio. Usaba su fuerza a veces para aquietar a los revoltosos que intentaban perturbar los cultos. Su credo era “amar a todos y no temer a ninguno”, y a veces zurraba a los peores alborotadores y continuaba con los cultos. Nada reprehensible veía en que un cristiano vapulease a los perturbadores de los servicios religiosos, puesto que se hacía en amor y no por espíritu de venganza.

El ingenio de Cartwright se muestra en el siguiente divertido incidente: Como muchos de los primitivos predicadores metodistas él tenía muy escasa instrucción. Un ilustrado ministro de otra secta se dirigió una vez a él en público, hablándole en griego, con el objeto de hacerlo menospreciable a causa de su ignorancia. Cartwright lo escuchó, como se le entendiera, y entonces le contestó en alemán, idioma que él había aprendido de sus vecinos cuando era muchacho. El ministro que no entendía el hebreo, y pensaba que Cartwright le había contestado en hebreo, dijo que Cartwright era el primer ilustrado predicador metodista que él había visto. No era tanta la sabiduría mundana, como la de arriba, la que capacitó a Cartwright para ganar tantas almas para Cristo.

El gran veterano anciano, después de pasar muchas dificultades y de ganar multitudes para el Salvador, durmió en Cristo en buena vejez.